

CONSIDERACIONES SOBRE LA CONCEPTUALIZACIÓN DEL NACIONALISMO  
MEXICANO A PARTIR DEL DISCURSO POLÍTICO

CONSIDERATIONS ABOUT THE CONCEPT OF  
MEXICAN NATIONALISM OF THE POLITICAL SPEECH

Beatriz Gómez Villanueva

Doctoranda en el Programa de Comunicación Social, de la Facultad  
de Ciencias de la Información, Universidad Complutense de Madrid.

Catedrática en la licenciatura en Periodismo y Comunicación  
Colectiva, en la Facultad de Estudios Superiores Acatlán UNAM  
(1987-1998)

begovi23@yahoo.com.mx

## Resumen

El discurso de lo nacional mexicano, desde la óptica de los gobiernos de la etapa posrevolucionaria y la neoliberal logra, con su análisis, entender los derroteros que orientaron las acciones gubernamentales durante una parte emblemática del siglo XX. Todo ello, con el sustento de un concepto de lo nacional formulado en el imaginario político que se derivó de una revolución “ininterrumpida”. La Revolución Mexicana fue icono y respuesta ante cualquier tipo de gestión de los mandatos emanados del Partido Revolucionario Institucional (PRI), entidad que dominó el panorama político de la mayor parte del siglo pasado. La expectativa de comprender el poder

desde su orden discursivo es el objetivo del presente estudio, el cual se formula de manera introductoria.

## **Abstract**

The discourse of the Mexican national, from the optic of the governments, the postrevolutionary and the neoliberal phase achieves with its analysis, to understand governmental actions during an emblematic part of the XX century. All of that, with the sustenance and the concept of the national formulated in the imaginary political derived in an “uninterrupted” revolution. The Mexican Revolution was an icon and an answer emanated from the Institutional Revolution Party (PRI); an entity that dominated most part of last century’s political panorama. The expectancy to understand the power from its discursive order is the objective of the present study, which formulates itself in an introductory manner.

**Palabras clave:** Nacionalismo mexicano, Revolución Mexicana, Posrevolución, Neoliberalismo, Partido Revolucionario Institucional (PRI), Revolución institucionalizada

**Key words:** Mexican nationalism, Mexican Revolution, Postrevolution, Neoliberalism, Institutional Revolutionary Party (PRI), Institutionalized Revolution

## Introducción

A lo largo de su historia reciente, el sistema político mexicano construyó todo un discurso en torno al nacionalismo y su sustento, la Revolución Mexicana, la cual se representó como un movimiento inacabado y legitimador de las acciones del poder durante siete décadas. La dictadura virtual del Partido Revolucionario Institucional durante el siglo XX tuvo sus raíces en los pretendidos postulados de la “revolución ininterrumpida”. Toda iniciativa de carácter político, económico o social tuvo su fundamento en el apego a los preceptos revolucionarios. En ellos se justificaba toda acción y sus consecuencias. En los albores del nuevo milenio, el hartazgo social permitió la ascensión de la oposición derechista en el mando gubernamental, el cual, sin embargo, no fructificó en los cambios que la sociedad demandaba.

En el presente estudio se señalan algunos aspectos para entender la identidad nacional, el nacionalismo mexicano, sus orígenes en los inicios del siglo XIX, el discurso del poder político que imperó desde que la revolución fue “institucionalizada”, en el periodo posrevolucionario, en contraste con los discursos presidenciales de la etapa neoliberal. Se consideran los *mensajes políticos* de los informes de gobierno de las épocas señaladas. El propósito es entender la trayectoria discursiva del concepto de lo nacional y sus transformaciones a lo largo de los años. El objetivo final es entender, desde las profundidades del poder político, cómo se ha estructurado una noción que ha condicionado el destino de todo un país y sus ciudadanos.

## Caracterización del nacionalismo mexicano

La caracterización del nacionalismo mexicano da cuenta de una amplitud de aspectos que lo han forjado a lo largo de su historia. El concepto se ha construido a partir de prácticas cotidianas y de estereotipos que exaltan el orgullo por un pasado prehispánico glorioso. El cine y el arte han proporcionado visiones idílicas del ser nacional, el que se ha asociado al heroísmo de los personajes que, en palabras del discurso gubernamental, *nos dieron patria*. La retórica del gobierno y sus consideraciones sobre la mexicanidad son objeto de estudio del presente estudio.

El nacionalismo es una forma particular de abordar la identidad en un nivel macro social. Por ello, el análisis de sus dimensiones identitarias es un ejercicio necesario para entender cómo se ha construido y qué funciones ha cumplido en cada periodo histórico. Como se muestra en el presente estudio, el discurso de los presidentes de los gobiernos mexicanos ha sido clave para generar en el imaginario colectivo un ideal de identidad nacional, al tiempo que ha legitimado sus acciones con el supuesto fin de alcanzar ese ideal.

Como es sabido, México es una nación con una enorme diversidad étnica y cultural. Entró en el siglo 20 con estructuras de clases en las que confluían divisiones sociales propias de las sociedades agrarias e incluso feudales, y las nuevas clases- capitalistas, trabajadoras y burocráticas- se fueron gestando con la industrialización. Las

diferentes concepciones del mundo, el aislamiento de las comunidades y los intereses contrapuestos contribuyeron, entre otros factores, a que resultara necesario crear una identidad que pudiese servir de aglutinante. El nacionalismo fue el común denominador que se adoptó para tal propósito. La importancia que el concepto ha tenido y todavía tiene, desde los inicios del México revolucionario, sería incomprensible, si no se tomase en cuenta el objetivo de cohesionar al país. Ciertamente, la producción de esa referencia identitario-nacionalista, por sí sola, no tiene la capacidad de disminuir las enormes diferencias económicas ni de equiparar a las comunidades en sus derechos y oportunidades. Incluso, es posible que funcione como una retórica que permita mantener la explotación y el sometimiento. Pero en todo caso, la vinculación del nacionalismo con la identidad mexicana - en los discursos, y también en las artes de masas, como el muralismo – ha persistido durante un siglo, con independencia de que los gobiernos fuesen más o menos progresistas. Y el paso del tiempo permite constatar que se ha tenido éxito en la identificación de los grupos y de los individuos con las señas de identidad que ofrece el nacionalismo, lo cual no significa necesariamente, que las identificaciones compartidas hayan disminuido las tensiones y conflictos, explícitos o latentes, que ha tenido y sigue teniendo la sociedad mexicana (Martín Serrano, 2012).

## **El nacionalismo, la construcción derivada del estudio de las identidades**

El estudio de la producción de las identidades nacionales y de sus funciones ha sido objeto de diversas aproximaciones teóricas, algunas de ellas, utilizadas para explicar el fenómeno del

nacionalismo mexicano. A continuación se mencionan las tres referencias teóricas más recurrentes. Las aproximaciones que toman en cuenta el cambio histórico son las que tienen más pertinencia para el tema de esta investigación.

### **a) Aproximación psicosocial y funcional**

En la aproximación psicosocial y funcional se considera que la identidad personal se somete a la identidad social en el momento en que el sujeto pertenece a un grupo y que a partir de entonces, esa adscripción referida al grupo de referencia, define el quehacer de la persona y su posición dentro del grupo. Desde esta perspectiva, la identidad nacional es “parte del auto concepto de un individuo que deriva del conocimiento de su pertenencia a un grupo (Nación) junto con el significado valorativo y emocional asociado a dicha pertenencia” (Ramírez, 1989:255). La identidad nacional es un producto colectivo que se interioriza y asume en el curso del proceso de socialización.

“Agruparse” “es una pauta que parte de la profunda necesidad de los sujetos, de “identificarse” con otros, entorno a alguna causa amplia y globalizante. Así, cuando todavía no se han desarrollado o se han agotado otros criterios de identificación compartida, el nacionalismo puede llegar a funcionar como la mejor opción, ya que éste “...insiste sobre todo en la importancia de una especial identidad de grupo cultural que se convierte en el aspecto fundamental de las aspiraciones y la acción política” (Breuilly, 1990:40).

Según Breuilly (1990), la fuerza del nacionalismo puede derivar del intento de recuperar o persistir en una identidad amenazada u olvidada. Este proceso ha sido particularmente significativo al transformarse las sociedades tradicionales en sociedades industrializadas, ya que, como se sabe, en estas últimas, las relaciones entre los sujetos devienen en interacciones impersonales, abstractas y racionales, lo cual amenaza la construcción de vínculos comunitarios. En tales circunstancias, el nacionalismo se proyecta como fórmula que crea lazos entre los miembros del grupo: “proporciona (el nacionalismo) etiquetas simples y concretas con las que caracterizar a los amigos y a los enemigos” (A.C. 1990:42).

De acuerdo a este autor, ante los vertiginosos cambios que se suceden al modificarse una sociedad tradicional para convertirse en moderna, el nacionalismo funciona como promotor de la transición hacia la modernidad. El nacionalismo se convierte en la “religión de la modernización” (A.C. 1990:44, final de referencia). Crea nuevos proyectos y nuevas identidades.

## **b) La solidaridad grupal**

Hechter (1989) señala que el grupo se conforma cuando los individuos desean obtener bienes producidos conjuntamente que no pueden conseguirse siguiendo mecanismos individuales. La articulación de los intereses comunes tiene su reflejo en acuerdos, referidos a la producción y asignación de los bienes colectivos. En su momento, tales acuerdos se adoptan siguiendo procedimientos constitucionales, son los elementos fundamentales que caracterizan al grupo.

El autor afirma que la solidaridad grupal dependerá de la amplitud de las obligaciones colectivas y grado en que los miembros cumplen estas obligaciones. La supervivencia del grupo y la estabilidad de las sociedades, dependerán de la capacidad que tengan los aparatos estatales, de controlar y sancionar a sus miembros. A la luz de esta teoría, el nacionalismo se analiza desde la perspectiva del control, directo e indirecto, que se ejerce sobre los sujetos de un determinado territorio, en el que se está construyendo o se quiere mantener la soberanía estatal.

### **c) Cambio histórico**

La teoría del cambio histórico parte del supuesto de que se suceden diversas versiones de la nacionalidad y que todas ellas responden a situaciones contextuales de tipo histórico. Se ha utilizado para hacer un seguimiento de los avatares del nacionalismo mexicano, sobre todo durante los más de 70 años, a lo largo de los cuales, el país ha estado regido por un régimen presidencialista de unipartidismo político. En este proceso, se distinguen dos etapas, la primera posrevolucionaria y con posterioridad otra neoliberal.

### **I. La integración de las identidades**

Las teorías sobre el cambio histórico comparten con las otras que aquí se han mencionado, la concepción de origen roussoniana, según la cual, la identidad del “yo” se sujeta al predominio de la



identidad como “nosotros”, en la medida en la que se van desarrollando las sociedades. Este proceso histórico sigue su curso desde las comunidades primitivas hasta las organizaciones sociales previas al Estado moderno.

Valenzuela (1992) se refiere al reflejo de esta transferencia identitaria, en estructuras que están en el origen del incipiente nacionalismo. Recuerda que

durante la antigüedad clásica, el “yo” era definido considerando los elementos sociales por encima de las características personales. La construcción de formas identitarias del yo, a partir de los criterios de pertenencia a una comunidad, o que se funden con ella, continuó consolidándose a lo largo de la Edad media y, del Renacimiento, con determinadas peculiaridades individualistas. A partir del siglo XVII se hace explícita la diferencia entre lo que se hace de manera individual y de manera colectiva. La contraposición que existe entre ambas dinámicas, y las propuestas para hacer compatibles los respectivos intereses (o supeditar unos a los otros) cobraron relevancia teórica y política durante el siglo XIX. Condujo a la integración de términos tales como individualismo *versus* socialismo y colectivismo. Igualmente, la modificación del vínculo entre individuos y colectividad pasó a una mayor preponderancia de lo individual.

Los cambios sociales y tecnológicos generados al final del siglo XIX y a principios del XX configuraron formas de interacción nacional más intensas. Según este autor, la conformación de identidades expresa el estado de esas relaciones entre el individuo y la colectividad. Las identidades se insertan en prácticas cotidianas e implican la adscripción e identificación del sujeto. Labor que se concreta con

diversos proyectos imaginarios a cargo de grupos religiosos, políticos, culturales, sociales.

Según el autor, la identidad social asume diferentes características y supone dimensiones de integración, estrategia y compromiso. La integración trata del proceso mediante el cual se interiorizan roles y estatus (sometimiento a la “personalidad social”) y que se expresa en los grados de integración normativa, en la cohesión grupal. La estrategia se vincula al ámbito de la racionalidad instrumental y en ella la identidad se da ante la búsqueda de objetivos (la identidad es asumida como un medio para la acción). El compromiso refiere la implicación de los individuos con un proyecto alternativo de vida. Se configura la posibilidad de construir un futuro imaginado, una nueva realidad en la que han sido mediadas las representaciones sobre el entorno.

Al estudiar el origen de las identidades debe considerarse que éstas surgen de “aspectos compartidos que pueden derivarse de intereses comunes, identidades previas, carencias y necesidades similares o referentes inventados. En este proceso intersubjetivo de reconocimiento se construye la conciencia del ‘nosotros’ y concomitantemente la identificación de ‘los otros’, los que no comparten las características principales que constituyen la identidad, y que son aspectos necesarios para la configuración de la acción colectiva” (Valenzuela, 1992:59).

Valenzuela (1992) menciona que el concepto de identidad nacional, como sucede en el caso de México, se vincula a una dimensión

ideológica que supone la identificación con un proyecto de nación. El sector social dominante propone una visión común de sociedad, la cual es compartida por diversos sectores y clases sociales y que se concretiza de formas múltiples. Esta visión considera un modelo de desarrollo socioeconómico y un imaginario en el cual se legitima.

El nacionalismo es, entonces, la serie de acciones y proyectos que surgen de la concepción e interiorización de <la nación>, o de <lo nacional>; es una cosmovisión compartida que se reconoce en el imaginario colectivo y que se refrenda en la acción y en el mundo simbólico.

## **II. Los criterios históricos con los que se ha construido el vínculo colectivo con base en los nacionalismos.**

Néstor García Canclini, exponente destacado de la teoría del cambio histórico, considera dos planteamientos para explicar la definición de la nacionalidad: a) la biológica telúrica y b) la sustancialista:

### a) Criterios del planteamiento biológico – telúrico.

Hizo su aparición como sustento ideológico de los estados oligárquicos. En esta concepción, la nación está integrada por un conjunto de individuos vinculados por lazos naturales -el espacio geográfico, la raza- e irracionales –el amor patrio, la religión-, sin considerar las diferencias existentes al interior de la nación misma.

Según el autor, se pretende anular los criterios históricos para definir lo nacional y se destaca la composición racial como eje de unión.

#### b) Criterios del planteamiento sustancialista.

Según el autor (1982), se distingue este enfoque del biológico – telúrico, porque no considera que lo nacional-popular resida ni en la raza, ni en el asiento geográfico, ni en la tradición, el planteamiento sustancialista instala la nacionalidad en el propio Estado. Éste, a consecuencia de los movimientos revolucionarios o independentistas, se convierte en el depositario de los valores nacionales y es, por tanto, el mediador y conciliador en las controversias entre sectores. Tal organización se sostiene por la figura de un líder carismático o por una estructura partidario-estatal jerárquicamente cohesionada como ha sido el caso del sistema político mexicano.

Según el autor, hay una exigencia explícita para que las iniciativas populares se subordinen a los intereses “nacionales” que fija el Estado. Aunque se recurre al origen étnico o al orgullo histórico como entes integradores de la identidad nacional, se cuida que dicha identidad, esté representada en las líneas de acción gubernamentales.

Como resumen de este recorrido por la teoría del cambio histórico, es importante en este trabajo, señalar las siguientes observaciones:

Se conforman identidades compartidas en concomitancia con un proceso de construcción de la cultura nacional. Es un proceso histórico y selectivo, uniformador de desigualdades. Llega a ser compartido por sectores mayoritarios de una nación, (si bien los rasgos identitarios fundamentales son establecidos por las clases hegemónicas).

Las culturas nacionales han crecido bajo el impacto de la urbanización, de la difusión de mitos fundadores, promovidos en los medios de comunicación masiva.

La cultura nacional es una dimensión de la identidad que cada vez más se asocia a una dimensión transnacional y global.

## **El desarrollo del nacionalismo mexicano**

La Revolución mexicana dio, en los albores del siglo XX, las argumentaciones que, desde el poder político, establecieron las bases del nacionalismo. Desde la institucionalización revolucionaria, en los años 30 del siglo pasado, el nacionalismo se convirtió en la fórmula más sólida de legitimidad política, la que dio carácter a las acciones de gobierno,. Sin embargo, las circunstancias y los hechos históricos que se sucedieron a lo largo del siglo XIX, desde que emergió el movimiento independentista de la Nueva España, son referencias imprescindibles para entender el sentido que más tarde acabaría adquiriendo la identidad nacionalista. El poder criollo,

proporcionó con su lucha por la independencia, los elementos para construir un incipiente nacionalismo mexicano.

### **a) El nacionalismo emergente en el siglo XIX**

David Brading (citado por Nieto, 2011) expone las situaciones del siglo XIX que precedieron a la formulación de las definiciones del nacionalismo mexicano. Puede resumirse del siguiente modo:

- El nacionalismo constituye un tipo de teoría política, una reacción frente a un desafío extranjero y la búsqueda de una autodefinición.
- El temprano nacionalismo mexicano heredó gran parte del vocabulario ideológico del patriotismo criollo en hechos tales como: la exaltación del pasado azteca, la denigración de la Conquista, el resentimiento xenofóbico hacia los *gachupines* (españoles) y la devoción por la Virgen Guadalupeana.
- Los ideólogos liberales contemplaban una república federal democrática, gobernada por instituciones representativas; una sociedad secular libre de influencia clerical; una nación de pequeños propietarios, campesinos y maestros artesanos; un Estado dedicado a la defensa nacional, la educación y la seguridad interna; eran partidarios de la democracia agraria.
- Los liberales juzgaban que la Iglesia representaba un obstáculo al progreso en tres aspectos: acumulación de propiedades, privilegios legales y control de la educación.
- Para los liberales el indio, como entidad legal, era otro obstáculo. José María Luis Mora, en su libro *México y sus revoluciones* (citado por Nieto, 2011) califica al indígena como “terco, loco, resignado, constante e incapaz de inventar”. Nieto (2011) señala

que en América Latina el fenómeno nacionalista emergió al iniciar el siglo XIX bajo la influencia de las ideas de la Ilustración europea que despertó el anhelo libertario de las colonias. Las luchas de liberación nacional que empezaron a realizarse en esa etapa tenían elementos progresistas y también manifestaron los intereses de la clase nativa dominante.

A lo largo del siglo XIX se forjó un incipiente nacionalismo, pero la vulnerabilidad política y social del país no permitió generar la fortaleza de una estructura nacional que se vio asediada por circunstancias como la pérdida de territorio arrebatado por Estados Unidos, los intentos de reconquista y la formación de grandes riquezas por parte de ciudadanos extranjeros, entre otras situaciones. Sin embargo, esos mismos hechos y la mistificación de figuras heroicas contribuyeron al repunte del anhelo nacional para trascender la desintegración y la falta de cohesión social. No obstante, menciona Nieto (2011) “No hay que olvidar que los grupos privilegiados hacen pasar sus aspiraciones por intereses nacionales y que el nacionalismo ha sido enfocado como un factor de unificación y cohesión social para la estabilidad y lograr el crecimiento económico que beneficie a los diferentes grupos en el poder”. En esa tónica se desarrolló la creación de una representación sobre el nacionalismo que ha pretendido en el discurso responder a los ideales de las mayorías.

Al separarse la Iglesia del Estado necesitaba de un nuevo sustento ideológico y éste debía surgir a partir de la historia.

“Los relatos históricos, moralizantes y edificantes para la juventud, jugarían ahora el papel que antes habían jugado los religiosos. Sería a través de la historia patria que los educandos conocerían su herencia y reverenciarían a sus héroes, quienes asumirían así el lugar del santoral”. A partir de aquel momento, la “historia nacional empezó a convertirse en un mito político unificador, y con él se abrían las puertas a la historia de bronce oficial” (Nieto, 2011).

## **b) Referencias pre- revolucionarias y revolucionarias del nacionalismo del siglo XX**

Los aires libertarios derivaron, no obstante, en la instauración del gobierno de Porfirio Díaz, que se volvió dictatorial y avasalló las libertades individuales y colectivas en pos de una estabilidad y un crecimiento económico sustentado fuertemente del exterior. Se reanudó el vínculo con el clero, se otorgó un gran poder al ejército, a los hacendados y a la burguesía nacional y extranjera.

Ante la polarización social, la pobreza y la injusticia, en 1910 surgió en México un movimiento revolucionario dirigido contra la dictadura de Porfirio Díaz, la dominación de los terratenientes, la alta jerarquía militar y los capitalistas extranjeros.

La Revolución mexicana fue históricamente una sucesión de movimientos armados que se dieron prácticamente en todo el país contra la oligarquía terrateniente y capitalista que había gobernado



desde 1876. Estas confrontaciones se expresaron fundamentalmente en las luchas del maderismo (forjado por Francisco I. Madero) por la democracia, del zapatismo y del villismo por la tierra y la justicia social, y del carrancismo (encabezado por Venustiano Carranza), por la defensa de la soberanía nacional.

Desde 1917 y hasta 1940, el Estado mexicano todavía era débil, de manera que el grupo dirigente surgido de la Revolución necesitaba el apoyo de los campesinos y los obreros para consolidar su poder y debilitar la influencia extranjera en el país. Los dirigentes políticos buscaron organizar, desde el gobierno, a los obreros y campesinos con el fin de integrarlos a la llamada política nacionalista —que se aplicaba en nombre de la Revolución—, cuya difusión y defensa fue impuesta por el gobierno en la educación y en todas las esferas de la cultura y el arte.

## **El nacionalismo gubernamental posrevolucionario**

El nacionalismo mexicano puede entenderse como un fenómeno del poder político. John Breuilly, citado por Aguilar (1994), establece que el nacionalismo se funda a partir de movimientos políticos que buscan el poder estatal. El nacionalismo mexicano, en particular el del siglo XX, podría identificarse como una variante del nacionalismo cuyas acciones han pretendido responder al “interés nacional”. Los revolucionarios mexicanos lograron arrogar las necesidades de la sociedad al relacionarlas con las suposiciones nacionalistas sobre la identidad. Es gubernamental porque emergió desde las esferas del poder y creó un presidencialismo que otorgaba un poder omnímodo al

mandatario en cuestión, desde Lázaro Cárdenas hasta Ernesto Zedillo.

Al finalizar el siglo XX, el motivo por el cual el nacionalismo en sus diferentes visiones no desapareció es que cumplía una función que no ha podido ser remplazada por otra construcción simbólica. El imaginario de < *la Nación* > salva del olvido personal a los sujetos, y los incorpora a un futuro común, restaura la dignidad colectiva y fortalece los lazos de unión a través de rituales que vinculan a una sociedad cambiante (Cfr. Aguilar, 1994)

El nacionalismo mexicano, fórmula emblemática de la construcción identitaria a partir del discurso político gubernamental

El gobierno de Lázaro Cárdenas del Río y su mística de reivindicación social

Después de una etapa de violencia emanada del movimiento revolucionario que inició en 1910 y que trajo consigo la aparición de sucesivos caudillos militares, se fundó en 1929 el Partido Nacional Revolucionario (PNR). Con la creación del PNR se aseguró en palabras de Octavio Paz (2000:255) “la dictadura revolucionaria. Mejor dicho: la dictadura del grupo vencedor en la lucha entre las facciones”.

La estructura del partido gestó la posterior caracterización de un poder que enalteció la figura del Presidente indisolublemente unido al Partido.

Al cabo de más de 20 años de violencia, de luchas y de presidentes títeres, en 1934 inició una etapa considerada históricamente como la de “Revolución pacífica”, al arribar a la presidencia el General Lázaro Cárdenas del Río. Los siguientes años fueron de reconstrucción, de reconciliación nacional y se institucionalizó el ritual presidencial del informe de gobierno que año con año ofrecía ante el Congreso de la Unión una rendición de cuentas acerca del quehacer gubernamental a lo largo de ese periodo. Lázaro Cárdenas tuvo una concepción de gobierno basada en la justicia social otorgada por el Estado, con una perspectiva cercana al socialismo. El presidencialismo como concepto que implicaba el ejercicio de un poder absoluto se consolidaba, si bien ya no era vitalicio. La viabilidad de las acciones de gobierno no se fundamentó en la democracia, sino en las alusiones a los principios de la Revolución.

Lázaro Cárdenas cambió el nombre del Partido en 1938, y lo denominó Partido de la Revolución Mexicana (PRM). Su programa y composición se modificaron al integrarse cuatro grupos: el obrero, el campesino, el popular y el militar. El general Cárdenas dominaba en un esquema de presidencialismo autoritario (Cfr. Octavio Paz, *Posdata*, 2010).

Para el Cardenismo, tanto en el ámbito social como en el económico imperó el designio de recuperar lo que pertenecía a los mexicanos.

La expresión más notoria de este pensamiento fue la expropiación petrolera, en 1938. Este hecho fue definido como un triunfo que enaltecían la soberanía y afirmación nacional, más que ser visto como un logro económico.

## **1. El gobierno de Manuel Ávila Camacho y su iniciativa de Unidad nacional**

Manuel Ávila Camacho, el sucesor del presidente Cárdenas, se desmarcó de los ideales del socialismo y ejerció acciones para consolidar la paz social. Se reafirmaron en el discurso los planteamientos del nacionalismo, sustentados en la Revolución. Este nacionalismo se apropió de slogans de la derecha tradicional: interés nacional, unidad nacional, sumisión al Estado, eliminación de la lucha de clases, y primeros elementos de xenofobia al denostar a las “ideologías exóticas”.

Tras la proclamación de la “Unidad nacional”, el Estado borró diferencias, ocultó las contradicciones sociales e hizo emerger el orgullo de la mexicanidad.

En el horizonte prevaleciente, el de la Revolución Mexicana, lo nacional -territorio, tradiciones, derrotas y conquistas, creencias, costumbres, religión- es el único espacio de las mayorías, sus vías de comunicación y cohesión internas. Lo nacional es adquisición histórica, lo que consiguió el pregonado millón de muertos de la lucha armada... Para las masas, lo nacional es el círculo de la seguridad, la compensación que transmuta los grandes valores (patria, historia, religión, habla, costumbres,

sensaciones utópicas) en las disposiciones de la vida cotidiana (Monsiváis, 1981:41). El general Ávila Camacho legó el poder a su hijo simbólico: Miguel Alemán Valdés, un civil con formación en abogacía. Enrique Krauze (1997) refiere un dicho del general: “Qué bueno que los universitarios lleguen ahora a la presidencia” comentó el penúltimo día de su sexenio a Torres Bodet. “Pertenezco al ejército, y lo quiero mucho. Pero ha pasado ya para México la época de los generales”.

## **2. El gobierno de Miguel Alemán Valdés y su discurso de apertura económica**

Miguel Alemán inició una época que exigía, por las condiciones internacionales, una apertura al exterior. El país aún era fundamentalmente agrícola, pero Alemán apostó por incrementar la urbanización. Las manifestaciones idílicas del México rural que ofrecía la cinematografía sacralizaban lo campirano, pero en la década de los 40, el presidente Alemán urgió el desarrollo económico con el sustento en la inversión extranjera. En el discurso gubernamental ese proceder era afín a los requerimientos del nacionalismo revolucionario. Al iniciar la década de los 50 comenzó otra etapa que trascendió las características de la posrevolución. Miguel Alemán propició la apertura económica e industrial de México y dio fin al mandato militar. Precisaba, por ejemplo, favorecer la colaboración de extranjeros vinculados a la economía nacional. En la administración de Alemán se dio el cambio definitivo al nombre del partido que lo llevó al poder y, el mandatario, según Enrique Krauze (1997), se dio el lujo (o incurrió en el lapsus freudiano) de adoptar uno que en sí mismo implicaba una contradicción, es decir, una mentira, pero asumida como verdad: el PRI, “Partido

<Revolucionario><Institucional>” Octavio Paz calificó el hecho como algo intrépido “y como una curiosa ilustración de las paradojas de la política más que de la lógica” (Postdata, 2000:256)

Los tres nombres del Partido representaron tres periodos en la historia de México: el nuevo Estado, la reforma social y el desarrollo económico. El Partido se subordinó en todo momento a la decisión presidencial, con lo que se apuntaló el presidencialismo que imperó hasta finalizar el siglo XX. Octavio Paz (O.C:257-259) definió al PRI en los siguientes términos:

El Partido no es una agrupación política en el sentido recto de la palabra: ni su forma de reclutamiento es democrático ni en su seno se elaboran programas y estrategias para realizarlos. Es un organismo burocrático que cumple funciones político – administrativas. Su misión principal es la dominación política, no por la fuerza física sino por el control y la manipulación de los grupos populares...En esta tarea cuenta con la protección del poder público y con la benévola neutralidad, cuando no con el apoyo descarado, de la casi totalidad de los medios de información. Si el Partido desdeña el principio democrático de elección, acepta en cambio el derecho aristocrático de veto: aunque el presidente tiene el privilegio indisputado de designar a su sucesor, debe consultar antes con los antiguos presidente y con los grandes jefes... Cada uno de ellos representa poderosos intereses, desde los de las empresas privadas hasta los de las burocracias...El derecho de veto corresponde particularmente a los antiguos presidentes: son la voz de la tradición y representan la continuidad revolucionaria.

Con el gobierno de Miguel Alemán concluyó la etapa posrevolucionaria para dar paso al México moderno.

En una reflexión que sintetiza el ejercicio del poder gubernamental de los presidentes priistas, Enrique Krauze (1997) señala:

Por mero formulismo o retórica, al presidente de México se le llamaba <primer mandatario> de la nación. Ese era su carácter legal, pero en realidad los presidentes no obedecían a otro mandato que el de sí mismos: no eran mandatarios sino soberanos. La Constitución de 1917 propició esta concentración ilimitada de poder: radicó la soberanía sobre el suelo, el subsuelo, las aguas y los cielos de la nación; ésta, a su vez, la delegaba en el Estado, que la transmitía al gobierno, que finalmente la depositaba en el presidente. El único control posible que llegaba a ejercerse sobre un presidente en funciones (además del que provenía del exterior), era el que el propio presidente, por temperamento, convicción o por lo que se llamaba <austeridad republicana> consentía en ejercer sobre sí mismo.

El gran crítico de la Revolución *no interrumpida*, Daniel Cosío Villegas, ya señalaba en 1947, respecto a los mandatos *revolucionarios*:

Una general corrupción administrativa, ostentosa y agravante, cobijada siempre bajo un manto de impunidad al que sólo puede aspirar la más acrisolada virtud, ha dado al traste con todo el programa de la Revolución, con sus esfuerzos y con sus conquistas, al grado de que para el país ya importa poco saber cuál fue el programa inicial, qué esfuerzos se hicieron para

lograrlo y si se consiguieron algunos resultados. La aspiración única de México es la renovación tajante, una verdadera purificación, que sólo se conseguirá a satisfacción con el fuego que arrase hasta la tierra misma en que creció tanto mal (Cosío Villegas, 1947: 6)

### **3. El gobierno de Miguel de la Madrid Hurtado, un mandato de “oportunidades perdidas”**

En el México de incipiente apertura al neoliberalismo, en la década de los años 80 del siglo XX, terminaba el gobierno de José López Portillo, e iniciaba el de Miguel de la Madrid (1982-1988), con una grave recesión económica. Ante ello, se imponía encontrar el elemento restaurador del equilibrio, al menos en la conciencia de los ciudadanos, por lo que se enfatizó con agresividad el discurso de lo nacional. Ese referente -más que nunca- se convirtió en el ancla a partir de la cual se justificaba la acción del gobierno. Ser nacionalista implicaba mantener el estoicismo ante el requiebre económico, soportar la austeridad, afrontar la crisis mediante la plena restauración de los principios esenciales de la Revolución.

La “renovación moral” como política de Estado pretendía desalentar la corrupción, propiciar la autocontención, el sacrificio económico tanto del gobierno, como de los ciudadanos. Sin embargo, de la Madrid confundió la prudencia con la pasividad y con la inmovilidad. Miguel de la Madrid fue el presidente “de las oportunidades perdidas” (Cfr. Krauze, 1997).



Sin duda este mandato, cercado por la crisis, la negligencia y la mediocridad en la gestión administrativa, fue uno de los más grises que se recuerden en la historia del México contemporáneo. Esa tesitura hizo posible que emergiera con fuerza avasallante la alternativa política de izquierda que encabezó Cuauhtémoc Cárdenas, candidato a la presidencia e hijo del expresidente Lázaro Cárdenas, icono del populismo en los años 30. En la contienda electoral de 1988, el candidato priísta Carlos Salinas de Gortari obtuvo una victoria enormemente cuestionada que si bien alteró la vida de la nación, se impuso por encima de quienes reclamaban justicia ante el fraude electoral que emergió desde las entrañas del poder.

#### **4. El gobierno de Carlos Salinas de Gortari o el “triumfal advenimiento del cambio”**

Salinas de Gortari inició su mandato como gobierno “ilegítimo” ante los ojos de las mayorías, sin embargo, su elocuencia discursiva y la intensidad de sus acciones de gobierno le otorgaron popularidad y en ciertos sectores existió consenso sobre su capacidad de “sacar” al país de la crisis. En esta etapa plenamente neoliberal, Salinas se adhirió a la vorágine de la globalización y su discurso del cambio fue el eje que estructuró toda la retórica de su sexenio. Este cambio se fundamentaba justamente en los principios revolucionarios. Decía que era necesario cambiar para garantizar la continuidad histórica de México y hacer realidad la Revolución. La exigencia era “modernizar”

a la nación a través de su vinculación comercial con los países desarrollados del orbe. La modernización era vista como nacionalista y popular. Eso era para Salinas volver al “sentido original de la Revolución: modernizar para que la Revolución perdure”. (Salinas, 1990)

La ascensión de Salinas marcó un giro drástico en la política económica.

En pleno neoliberalismo, Salinas proyectó la rehabilitación “de la mayor empresa mexicana del siglo: el sistema político mexicano. Sólo modernizando esa empresa podría modernizar el país...La clave estaba en hallar un diseño equilibrado y eficaz para poner en práctica la frase de oro del politólogo Jesús Reyes Heróles: <Cambiar para conservar>” (Krauze, 1997:251).

Salinas no destacó la importancia de una reforma política y su etapa fue marcada por el autoritarismo y la antidemocracia (Cfr. Krauze, 1997).

No obstante la grandilocuencia de sus conceptos y de su ejercicio para consolidar procesos de apertura, como la firma del Tratado de Libre Comercio de América del Norte, un inesperado giro sacó a flote la siniestra cara de la miseria y de la inequidad. Un movimiento armado de extracción indígena sacudió al país en 1994 y ese hecho desestructuró las acciones y el discurso. Después de incipientes maniobras represivas, el gobierno optó por un pretendido diálogo y

así puede observarse en su último informe de gobierno que el tema es abordado con cautela. Salinas se pronunció por la paz, por la protección de la libertad, por generar acuerdos que favorecieran a los más desprotegidos, por remontar la violencia que victimó, ni más ni menos, que a su sucesor asignado, Luis Donald Colosio.

## **5. El gobierno de Ernesto Zedillo Ponce de León, protagonista de la alternancia política**

Al comienzo del mandato de Zedillo, el candidato que sustituyó a Colosio, estalló una gran crisis económica derivada de la poca solidez financiera que Salinas heredó a su sucesor. Fue otro momento de honda crisis que Zedillo supo manejar con estrategias de saneamiento económico que al cabo de pocos años generaron algunos resultados efectivos en el nivel macroeconómico.

El discurso de Zedillo se desmarcó casi por completo de la tradición priísta de abordar con recurrencia el concepto de nacionalismo. En sus informes de gobierno no señala este término de manera explícita y su alusión a los principios revolucionarios es prácticamente nula.

Sus señalamientos sobre el ámbito de lo político fueron los más destacados en su discurso, sobre todo al final de su sexenio. Para muchos sectores, la gestión de Zedillo impulsó con determinación el camino que llevaría a las fuerzas políticas opositoras a alcanzar el poder en el año 2000. Se declaraba capaz de renunciar a todo poder extraconstitucional antes asociado a la Presidencia. Alrededor del

proceso electoral creció con enorme fuerza la figura carismática de Vicente Fox, líder derechista de la oposición, quien creó todo un movimiento ciudadano que aglutinó los anhelos de un cambio definitivo que rompiera con la virtual dictadura del PRI-gobierno.

En un hecho histórico, en la elección presidencial de julio de 2000, Vicente Fox, candidato del Partido Acción Nacional, se alzó con el triunfo, y con ello terminaron más de seis décadas de gobiernos priístas. El triunfo fue incontrovertible y parecía vislumbrarse el inicio de una nueva época. Así lo auguraba el mismo Zedillo, quien en su último informe de gobierno destacó que México “ha completado su camino hacia la democracia y que contamos, como resultado de la voluntad ciudadana, de alternancia política” (Zedillo, 2000).

## **6. El gobierno de Vicente Fox Quesada y su discurso en torno al humanismo**

Fox inició su mandato con el apoyo mayoritario de la ciudadanía, las expectativas sobre el éxito de su gestión eran enormes. La expresión del concepto de lo nacional, como tal, desapareció en esta etapa. Asimismo, las referencias históricas a la grandeza de los héroes y las instituciones se anularon. Fox hablaba de edificar un México más humano y de impulsar el tránsito del liberalismo a ultranza al nuevo humanismo económico. Fue, a nivel discursivo, el periodo de los logros. Así, subrayaba que el suyo era un mandato decidido a acotar

el poder en el país del poder, de tomar decisiones sin tintes partidistas, comprometido a dar oportunidad a la democracia para construir una sociedad incluyente. Apuntaba el logro de ser aval de un cambio con estabilidad y de haber desterrado el fantasma de las crisis económicas recurrentes. (Cfr. Fox, 2001).

Sin embargo, el triunfalismo de Fox se desdibujó a partir de los magros resultados de política microeconómica (que contrastaron con el enriquecimiento ilimitado de los monopolios), y de las serias pugnas partidistas a nivel legislativo que limitaron su acción como poder ejecutivo; el suyo fue un mandato de transición, muy influido por las nuevas dinámicas de desarrollo global que cada vez polarizan y afectan más a las sociedades: el cambio climático, el crimen organizado, la pobreza extrema, el narcotráfico, la crisis económica mundial...

## **Conclusiones**

A lo largo de esta suscita reconstrucción histórica, es posible entender cómo lo nacional-mexicano, al nivel del discurso oficial, ha sido una representación flexible en su definición. En la etapa posrevolucionaria el carácter marcadamente normativo, autoritario y paternalista del discurso respondió a la necesidad de dar cohesión social a una nación desestructurada por el movimiento revolucionario, de generar estabilidad a partir de su tarea mediadora. En las esferas de gobierno se imponía introducir al país en la dinámica de la “modernización” y el discurso oficial pretendió forjar un concepto de identidad cristalizado en la historia, pero muy afín a los

requerimientos del progreso, perspectiva que encontraba en el capitalismo el camino más viable de desarrollo.

Los gobiernos mexicanos, en su fase neoliberal, en concordancia con los requerimientos de apertura económica y comercial que han caracterizado a los procesos históricos más recientes, utilizaron la representación de lo nacional como el elemento sustentador de los anhelos de desarrollo de los mexicanos. Se mistificó el nuevo modelo neoliberal y ante las sucesivas crisis económicas, la recurrencia al nacionalismo fue el antídoto que lograría trascender la inestabilidad social y política. En sus versiones más actuales, con Zedillo y Fox, esta representación en su forma explícita quedó en desuso, sin embargo, implícitamente no dejó de ser un factor de cohesión. En ambos discursos se destacan los aspectos que enfatizan el compromiso de las instituciones en el ejercicio de gobierno y hay una reiterada alusión al factor democrático.

Dentro de la órbita del discurso gubernamental se observa cómo el ejercicio del poder tras sus expectativas de legitimación, han hecho de una representación el principal baluarte que ha normado la vida social, económica y política de toda una nación.

## **FUENTES DE CONSULTA**

- AGUILAR, José Antonio (1994), *La nación de Proteo: Nacionalismo y Estado en México al final del siglo XX*, Revista

Nexos, México. Recuperado el 10 de junio del 2013.  
<http://www.nexos.com.mx/?P=leerarticulo&Article=447543>

- ALEMÁN, Miguel (1947-1948), *Informes de gobierno*, México.
- ÁVILA CAMACHO, Manuel (1941-1946), *Informes de gobierno*, México.
- BREULLY, John (1990), *Nacionalismo y Estado*, Barcelona: ediciones Pomares-Corredor.
- CÁRDENAS, Lázaro (1939-1940), *Informes de gobierno*, México.
- COSÍO VILLEGAS, Daniel (1947), *La crisis de México*. Recuperado el 15 de junio del 2013.  
[http://codex.colmex.mx:8991/exlibris/aleph/a18\\_1/apache\\_media/6EK6G5EBPUTN62C47946X2VS9XAYIN.pdf](http://codex.colmex.mx:8991/exlibris/aleph/a18_1/apache_media/6EK6G5EBPUTN62C47946X2VS9XAYIN.pdf)
- DE LA MADRID, Miguel (1983-1988), *Informes de gobierno*, México.
- FOX, Vicente (2001-2002), *Informes de gobierno*, México.
- GARCÍA CANCLINI, Néstor (1982), *Las culturas populares en el capitalismo*, México: Nueva Imagen.
- HECHTER, Michael y PÉREZ-AGOTE, Alfonso (1989), *Sociología del nacionalismo*, País Vasco: Editorial EuskalHerrikoUnibertsitatea.
- KRAUZE, Enrique (1997), *La presidencia imperial*, México: Planeta.
- MARTÍN SERRANO, Manuel (2012). Entrevista personal, 18 de noviembre del 2012.

- MONSIVÁIS, Carlos, *Notas sobre el Estado, la cultura nacional y las culturas populares en México*, en *Cuadernos políticos*, México, Era, n.30, octubre-diciembre 1981, pp. 33-52.
- NIETO, J. De Jesús (1986), *Diccionario histórico de México contemporáneo 1900-1982*, México: Alhambra Mexicana.
- \_\_\_\_\_(2011). Entrevista personal, 20 de febrero del 2011.
- PAZ, Octavio (2000), *Posdata*, México: Fondo de Cultura Económica.
- RAMÍREZ, Sagrario (1989), *En torno al concepto grupal de nación: una lectura psicosocial*, en *Sociología del nacionalismo*, comp. Alfonso Pérez-Argote, Vizcaya, España: Universidad del País Vasco.
- SALINAS DE GORTARI, Carlos (1989-1994), *Informes de gobierno*, México.
- VALENZUELA, José Manuel (1992), *Identidades culturales: comunidades imaginarias y contingentes*, en *Decadencia y auge de las identidades (Cultura nacional, identidad cultural y modernización)*, coord. José Manuel Valenzuela, Tijuana, Baja California, México: El Colegio de la Frontera Norte, Programa Cultural de las Fronteras.
- ZEDILLO, Ernesto (1995-2000), *Informes de gobierno*, México.